

— La estupidez humana.

Las puertas del salón se abrieron y apareció el mayordomo que dijo con acento grave :

— La señora duquesa está servida.

Y, como una confirmación oficial de lo que acababan de decirle de aquel rey mundano, vió Juan Hiénard que su madre se cogía, sonriente y graciosa, del brazo del brillante y atildado marqués.

V

Al día siguiente por la mañana y con un tiempo delicioso, Juan Hiénard salió por la playa con su bastón debajo del brazo y se dirigió hacia Trouville; después tomó un botecito, y llegó al establecimiento balneario á las diez en punto. El baño estaba en el apogeo de su animación, y una multitud de curiosos se paseaban por la playa formando una masa multicolora y abigarrada; una confusión de peinadores blancos agitándose junto á las casetas colocadas en las arenas lamidas por las ondas tranquilas y juguetonas, un alegre torbellino de sombrillas brillando bajo los rayos de un sol espléndido, y un continuo ir y venir de muchachos que correteaban por entre las sillas. El viento hacía crujir los gallardetes tricolores que engalanaban los elevados mástiles plantados delante del casino, y toda aquella agitación contrastaba vigorosamente con la serena inmensidad del cielo y del mar.

Por los colgadizos del establecimiento se paseaban taconeando graciosamente muchas mujeres bonitas, vestidas con los elegantes trajes blancos de la maña-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA U...
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA U...
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

na, zapatos amarillos y sombreros de paja, y acompañadas de perros pequeñines ó gigantescos, galguitos escoceses ó dogos de Ulm, tan vistosos y ricamente ataviados como sus dueñas. Hiénard miraba aquel vaivén continuo con la misma agradable curiosidad con que asistía al desfile de coches de los Campos-Eliseos. Siempre le causaban idéntica sorpresa todas aquellas gentes que malgastaban su tiempo sin hacer nada útil, y que, sin embargo, no parecían aburridas de su ociosidad. Y pensaba: hubo un tiempo en que también fui como ellos, pero yo me desesperaba: todos, por tanto, poseen una ventaja considerable sobre mí, puesto que pueden moverse en el vacío sin apercibirse de ese vacío en que se agitan. Yo tengo un temperamento de obrero; necesito luchar continuamente; de lo contrario siento en seguida la nostalgia de mi taller, como esos segadores del mediodía que se quedan sin trabajo. Esto, bien considerado, es el sello indeleble de un temperamento algo vulgar; las naturalezas privilegiadas están muy predispuestas á la pereza, y sólo el moderno progreso ha podido obligarnos á un estado de perpetua actividad. En otras épocas los artistas vivían en los palacios de los príncipes, sin necesidades, sin preocupaciones, y trabajaban cuando se sentían verdaderamente inspirados: pero en estos tiempos de libertad uno sólo es esclavo de sí mismo y la inspiración es lo de menos: tales son los

frutos de la democracia. Y, después de todo, ¿no es preferible esto á aquello? Sí, pero hay que producir continuamente, so pena de muerte, y cuanto más avancen los tiempos, más se acentuará esta necesidad ineludible, hasta el extremo de que los perezosos servirán de criados á los trabajadores. Entonces será necesario conquistar la propia libertad por el trabajo, ó resignarse á limpiar las botas de los laboriosos. Las rentas desaparecerán, ó producirán muy poco, y el dinero se gastará conforme se gane, sin darnos tiempo á guardarlo. El socialismo práctico quedará establecido, sin necesidad de ser apadrinado por esos imbéciles de la Cámara que siempre están hablando para no decir nada, y únicamente el trabajo, el trabajo fecundo, podrá remediar nuestras necesidades. Y entonces, ¿cómo se las arreglará toda esa gente? Porque además de ser muy perezosos, son completamente ineptos.

Esto lo pensaba viendo desfilar á los jóvenes elegantes que caminaban con paso vacilante, vestidos con bonitos trajes de muletón blanco, llevando ceñidores claros de seda, y corbatas bien anudadas que caían sobre la pechera de la camisa y sujetas por alfileres de oro. Todos eran graciosos y estaban peinados cuidadosamente, hablaban poco y apenas fumaban. Las mujeres, atrevidas é inquietas como si algo las impulsase al movimiento, parecían no fijarse en nada y correteaban por los corredores haciendo

sonar los taconcitos bajos de sus zapatos, cual si se hubiesen impuesto á sí mismas la obligación de dar un número determinado de paseos.

Era evidente que todo aquel mundo se movía obedeciendo diariamente al mismo programa, y sin apercibirse de la monotonía, se doblegaba á esos ritos sociales que constituyen las buenas costumbres de las personas distinguidas. Aquello no parecía atormentarles y probablemente eran felices, aunque su aspecto no revelase un extremado bienestar. Y, considerando las cosas desde su verdadero punto de vista, ¿quién aseguraba que fuese necesario vivir entregado á trabajos artísticos ó á especulaciones industriales, para emplear la vida dignamente? ¿Estaba él seguro de que la sobreexcitación cerebral que ponía en movimiento las energías mentales, no fuese una deformación de la inteligencia? ¿No eran locos todos aquellos que se devanaban los sesos investigando un problema científico, ó resolviendo cuestiones mercantiles ó persiguiendo la quimera de lo bello? Y los verdaderos sabios, ¿no serían tal vez aquellos bobalicones que distraían su vida, en verano, á orillas del mar, al aire libre, aspirando las brisas salutíferas del océano ó vagando por el misterio de los bosques; y en invierno, disfrutando de las comodidades urbanas y satisfaciendo todos sus antojos del momento?..

Á este punto de su disertación llegaba Hiénard,

cuando topó de manos á boca con una hermosa joven morena, vestida de piqué blanco, y que llevaba sobre el brazo un soberbio manojo de rosas.

— ¡Hola, Hiénard — exclamó ella.

— ¿Cómo, Julieta, hija mía, eres tú? ¿Qué haces aquí?

— Dime, socarrón, — repuso la joven, — ¿estoy acaso fuera de mi centro?

— ¡No, por Dios!... Pero advierto que te has elegantizado muchísimo.

— Sí, chiquito, me he elegantizado mucho. Ea, ¿vamos á echar raíces? paseemos, ó sentémonos, lo que quieras, pero no nos quedemos plantados aquí. ¡Ah!... por lo visto temes comprometerte presentándote conmigo...

— Sí, chiquita mía, es probable. Mira, vamos á sentarnos; veremos desfilar al gran mundo...

Se sentaron en dos sillas, frente al mar. Julieta colocó sus flores en otra silla y dijo poniendo sobre los travesaños de ésta sus pies calzados con zapatitos de charol:

— ¡Cuánto te quiero, Hiénard, y cómo me alegro de haberte encontrado! ¿Qué es de tu vida desde que no voy á trabajar en tu estudio? ¿Sigues haciendo cosas bonitas? Yo, ya sabes, soy muy interesadilla, y estoy arruinando á un americano que me da cuanto le pido. Oye, ¿creo que hace un año que no nos veíamos tú y yo, eh?...

— Sí, un año, lo menos.

— Tú sigues tan guapo. Si no hubiese por aquí tanta gente te abrazaba de buen grado.

— ¿Continúas tan caprichosa como de costumbre, Julieta?

— ¡Más que nunca! Y, dime, ¿has tenido noticias de la madre Mascart?

— Sigue tan famosa; aún no hace quince días que comí en su casa.

— ¡Ay, amigo mío, aquellas orgías concluyeron para mí!... Y lo siento; pero no quiero encanallarme más. Mi amante pondría el grito en el cielo si yo le llevase á rodar por los figones de aquel barrio. Y aquello era divertido, se veían unos tipos... Á propósito, ¿tú conociste allí al apuesto Prédalgonde?

Al escuchar este nombre, Hiénard hizo un brusco movimiento. Lo mismo que un velo, que se desgarró, desapareció la obscuridad que hasta entonces había envuelto su memoria, y pudo precisar las circunstancias en que vió por vez primera al hermoso joven rubio. Recordaba el amoroso arrebató que tuvo Julieta por él, y hasta el traje que aquel día llevaba el héroe de la aventura, y el corte de su barba y sus cabellos al rape, que ahora eran largos y ondulantes; y comprendió que este cambio en el tocado era lo único que le impidió reconocerle desde el primer instante. ¡Prédalgonde sentado en la mesa redonda de la señora Mascart! ¿Qué iría á buscar allí? Y

olvidándose de que él también estaba en aquel escondite que estimaba sospechoso, inquiría los motivos extraordinarios que pudieron conducir hasta aquella casa de mal tono, al gentil y garrido vividor que encarnaba en su persona todas las elegancias parisinas. Y pensó: Julieta le ha querido, tal vez le conozca y pueda resolver mis dudas... Sacó un cigarrillo, lo encendió y dijo:

— ¡Ah, sí, Prédalgonde!... Ya no se le vé por ninguna parte, ¿qué ha sido de él?

— ¿Qué estás diciendo?... Ahora come á la carta, es como yo; ha ascendido, se ha graduado de mariscal de la goma.

— ¿Ese era el rubito por quien tú tuviste un capricho?...

— El mismo; siempre he sido víctima de mis ojos.

— ¿Pero se llamaba entonces Prédalgonde?...

— No, se llamaba Roger Brémont. Pero parece que Prédalgonde era el verdadero apellido de su familia, y cuando recogió la herencia de un tío suyo riquísimo, recobró también su título de marqués...

— ¡Ah, ha heredado!...

— Una mina magnífica, y precisamente cuando yo le conocí. Sólo vivimos juntos tres semanas.... Luego se estableció con un boato y adquirió unas costumbres que no podían armonizarse con las mías, puesto que yo era pobre. Fué muy bueno conmigo, pero me dejó por otras mujeres de su rango.... ¿Y

ves?... le quieren, dispone de todas.... Ellas son las que le empujan y aupan... ¡Es un tunante, irá lejos! ..

— ¿Qué entiendes tú, por tunante?

— Pues, mira : es un muchacho que no se preocupa de los que pueden molestarle; sólo piensa en sí mismo, en lo que le conviene, y todo lo que le importuna, ¡pum! lo echa por tierra. Tiene á su lado á un viejo consejero, que le guía y no le deja perderse en malos caminos. ¡No puedes imaginarte el buen acierto con que siempre procede ese gentil calaverón! Todo lo hace con cálculo, y es preciso que tropiece con algún obstáculo más fuerte que él, para que no llegue al fin que se haya propuesto.

— ¿Qué fin es ese?

— No sé; hasta ahora y á juzgar por las apariencias, es el de vivir bien, y lo consigue. Tiene un hotel en la Avenida de Antin, caballos magníficos de paseo y de carreras, un yate de vapor y un lujo á todo ruedo. ¡Tú sabes muy bien lo que cuesta la vida en París! Pues bien, él siempre se lleva lo mejor, lo más caro. De un año á esta parte derrocha de un modo asombroso... Figúrate tú á la pobre Julieta, queriendo seguir por los aires á ese ciervo volador.... ¡Pobre chiquilla; necesitaba para ello un paracaídas!... Por eso la despacharon en seguida, con un buen regalo.

— ¿Y de una herencia ha salido todo ese lujo?

— ¡Toma, querido Hiénard! Eso es lo que dicen...

— Pero, y tú, Julieta, ¿no sabes nada más?

La joven afectó un aire digno y repuso haciendo un gesto negativo.

— ¡Oh, ya sabes que nunca hablo mal de mis antiguos amantes.

— Y haces bien, hija mía.

Él pensó : ésta sabe mucho más de lo que acaba de decirme : por lo pronto, ha hecho el retrato de un aventurero impenitente, y ya me las arreglaré yo para buscar en otras fuentes datos precisos acerca de ese Rey de París. Julieta cortó el hilo de sus reflexiones, gritando :

— ¡Qué casualidad, ahí tienes á mi americano!... Mira, aquel guapo mozo que viene en un cochecillo inglés...

— Entonces, te dejo, niña mía; no quiero que luego tengas un disgusto.

— ¡Quia! Yo te le presentaré, si quieres. Se holgará muchísimo de conocerte. Es un buen muchacho, enamorado de las bellas artes...

— Muchas gracias, me escapo.

Hiénard estrechó la mano de la joven y se fué, mientras el yankee descendía de su vehículo y le daba las riendas al cochero. Hiénard acababa de ver á Devienne que se paseaba tranquilamente fumando un cigarrillo, y se dirigió á él. Pasó su brazo por debajo del de su amigo y siguió caminando á su lado.

— ¿Distraes bien la mañana?

— Perfectamente. Esto es muy hermoso.

Y señalaba el mar azul, el cielo límpido, la playa arenosa, y toda aquella multitud cuyos colorines se recortaban alegres sobre el fondo transparente.

— Todo eso fatiga un poco la vista.

— ¡ Ah ! tú, como buen escultor, sólo eres sensible á la línea, y esa canción de colores y de medias tintas te deja frío.

— Tanto más, cuanto que nada de eso puede representarse.

— ¡ Ay, es cierto ! ¿ Qué haces hoy aquí ?

— Ya lo ves. Oficio de imbécil paseándome por una playa aristocrática.

— ¿ Y, después ?

— Después, almorzaré con mi madre y tomaré el tren para París.

— ¿ Tan pronto te vas ?

— ¿ Qué quieres que haga aquí ?

Devienne hizo un gesto que descompuso momentáneamente la fría corrección de su rostro. Luego añadió :

— Y entonces, ¿ á qué has venido ?

— Para un negocio.

— ¿ Con la duquesa ?

— Sí, con la duquesa.

Devienne miró á su amigo de reojo, y añadió :

— ¿ Cuestión de dinero ?

— Sí, cuestión de dinero.

— ¿ Mucho ?

— Ciento cincuenta mil francos.

— ¿ Para ti ?

— ¿ Eres tonto ?

— Sí, tienes razón, soy un mentecato ; tú no tienes necesidades. ¿ Algún favor que piensas hacer ? Debí sospecharlo. ¿ Y qué te ha dicho la duquesa ?

— Ha prometido darme esa cantidad hoy por la mañana.

— ¿ Y, nada más ?

— Nada más.

Devienne calló y continuó paseando, abstraído en sus meditaciones. Hiénard le seguía lleno de curiosidad preguntándose la causa de aquel interrogatorio y de la preocupación de su amigo. Así continuaron durante algunos minutos. Después Devienne exclamó bruscamente, como molestado por un silencio tan prolongado :

— Quizá hicieses bien en quedarte.

— ¿ Por qué ?

— Yo, en tu lugar, me quedaba.

— ¿ Por qué ? — insistió Hiénard con dureza.

Devienne no volvió la cabeza y dijo sin dejar de mirar hacia adelante :

— Ya sabes que siento por ti una verdadera amistad ; ¡ pues bien ! quédate velando á la duquesa. No te digo más y es inútil que me interrogues. Me limito á darte un consejo que es, á mi juicio, el mejor que puedes recibir en los momentos actuales. Ahora no

me comprendes; pero, quédate, observa y verás.

— Eso, poco más ó menos, me dijeron anoche.

— ¿Quién?

— La baronesa de Sauvelys.

Devienne sonrió ligeramente.

— ¡Es raro!

— Á ella, por tanto, le preguntaré lo que tú no quieres decirme.

— Yo no sé nada y eso no es seguro. ¿Pero, para qué vas á fiarte de lo que los extraños te digan? Tú tienes ojos, mira: eso te bastará. Todo Trouville conoce el secreto que buscas, y me extraña que no te haya dicho esa bonita muchacha con quien hablas hace un momento. Seguramente no habrá querido darte un disgusto.

— Es probable, — repuso Hiénard con mucha sangre fría. Pero, querido Devienne, si no quieres resolverte á decirme lo que, según tú mismo, tan directamente me interesa, sí podrás darme algunos informes acerca de un personaje que encuentro siempre á mi paso desde que llegué aquí.

El pintor se mordió los labios.

— ¿De quién se trata?

— Del marqués de Prédalgonde. ¿Quién es, en resumidas cuentas, ese caballero?

Devienne chasqueó sus dedos con aire satisfecho, tiró su cigarrillo y mirando por primera vez á su amigo cara á cara, repuso:

— ¿Ese caballero?... Es probablemente un canalla de la peor especie.

— ¿El Rey de París?

— Así le llaman las señoritas fáciles, y una docena de caballeros de industria; y á su imitación, el rebaño de imbéciles de los círculos. Los diarios de los gabinetes de lectura confirmaron el apodo en sus *Ecos*, y claro, como todo esto era idiota, se propaló en seguida. Sería de lamentar que bastase merecer el aplauso de un puñado de americanos desterrados y de unos cuantos periódicos escandalosos, para planear y sobresalir en la gran ciudad; pero estoy seguro de que bastará soplar sobre su realza para hacerla desaparecer. Entretanto, él presume y coquetea, deslumbra á los burgueses y arruina á cuantos bobalicones se prestan á seguirle el juego.

— ¿Es un tramposo?

— No sé; pero lo cierto es que gana mucho, y por todas partes. El otoño pasado hizo en el Círculo Extranjero de Baden, una aparición sensacional. Una hora después de llegar quebró la banca y les quitó á los puntos fuertes de Alemania, la friolera de doscientos cuarenta mil francos. Fué un escándalo. El secretario del círculo telegrafió al pequeño Club, pidiéndole informes acerca del marqués de Prédalgonde. La respuesta fué: « Miembro del círculo, de buenos antecedentes, juega mucho y fuerte. » No había más remedio que conformarse. Al día siguiente,

mi gentil aventurero volvió á la carga; primero perdió, luego ganó, y concluyó llevándose ciento ochenta mil francos. Después regresó á París con seiscientos mil francos en la cartera, y la estimación de los pájaros de cuenta á quienes había desplumado. Tal es el caballero. Por lo demás, si quieres verle trabajar, vete esta noche al Casino y le encontrarás en la mesa del bacarrat, á eso de las doce.

— Pero, veamos, Devienne — repuso Hiénard, — ¿quién es ese hombre?

— Ya te lo he dicho; no sé nada. Se cuentan de él, por el mundo, hazañas espantosas. ¿Mas eso, qué puede probarnos? Ya sabes cómo es la gente. Basta sobresalir para ser criticado; la superioridad provoca y desencadena la envidia y la calumnia. El individuo á quien le quitas la querida, se venga de ti llamándote falsario, y el arruinado á quien le arrebatas su dinero, se consuela llamándote ladrón. La turba de los indiferentes no inquiera las causas, únicamente oye los juicios y repite: « Falsario y ladrón. » Así se labran las reputaciones. Bastan una docena de mal intencionados y una comparsa de quinientos idiotas, para arrojar sobre un hombre acusaciones y cargos de los cuales no puede redimirse después. En el caso que nos ocupa es muy posible que haya ocurrido algo análogo. Prédalgonde es un muchacho muy guapo y que debe tener partido, y como juega fuerte, es natural que se exponga á ganar mucho. En estos mo-

mentos le ayuda la suerte, pero, ¿seguirá siempre así? No debemos, por tanto, juzgarle por el vago, « se dice ».... Procura examinarle, estudiarle y juzgarle con arreglo á tu criterio: después procederás como tengas por conveniente y con perfecto conocimiento de causa.

— Está muy bien. Seguiré tu consejo; me quedaré y espíaré. ¿Tú estarás aquí mucho tiempo?

— ¿Yo? Hasta fin de semana. Luego me voy á Dieppe.

— Recorres el litoral.

— ¿Qué quieres? Tengo amigos que me invitan. Y, además, París es muy feo en esta época; hay muy poca agua y las carnicerías huelen muy mal. ¿Quién resiste el deseo de respirar las brisas del mar?

Hiénard le tendió la mano.

— En fin, — dijo — si te necesito, ya sé dónde encontrarte.

— No hagas tonterías, — repuso Devienne; sé muy circunspecto.

— Pierde cuidado.

Hiénard emprendió de nuevo el camino de Deauville. Eran las once. Sabía dónde encontrar á su madre antes de la hora del almuerzo, y tenía vehementes deseos de hablar con ella. Todo lo que le habían dicho la señora de Sauvelys, Julieta y Devienne, formaba un conjunto de datos según los

cuales era indudable que entre la duquesa y Prédalgonde había una intriga, un nudo, que era el tema obligado de las conversaciones en la playa. Estaba condenado á recibir siempre, una y otra vez, las salpicaduras de los escandalosos caprichos de su madre. En vano se había aislado después de romper con ella. Los diarios le transmitieron el eco de las fantasías amorosas de la duquesa: entonces dejó de leer los periódicos y, no obstante, retazos de conversaciones sucias sorprendidas en casa de sus amigos, le habían manchado el pensamiento. La única vez que salió de su retiro para irle á pedir á aquella madre una parte de la fortuna que él le cediera, la encontró tan peripuesta, ligera, coquetona y seductora como en su juventud, cual si el tiempo no hiciese mella en aquella apasionada, y no pudiese arrugar su semblante, deformar su cuerpo, blanquear sus cabellos y prohibirla el amor, envejeciéndola definitivamente...

La cólera despertó en el cerebro de Juan, pensando en aquella incorregible que se aventuraba en un enredo amoroso con un joven que hubiera podido ser su hijo. ¿Qué veneno tendría en la imaginación y qué fuego en la sangre?... ¿Y qué sería de ella el día en que tuviese que renunciar á toda esperanza de placer? ¿No sería su muerte? Hiénard reflexionó. La duquesa tiene cuarenta y seis años, sí, puesto que él tenía veintiocho. ¡Qué lástima! ¡Cuarenta y seis

años!... La vió tal como se le ofreciera la vispera, en el cuadro deslumbrador de una función benéfica, vestida de blanco, como una joven, y conservándose milagrosamente, con su preciosa dentadura, su talle esbelto, sus hombros anchos y su rubia cabellera, sin afeites ni pinturas repugnantes.

Mientras caminaba iba hablando solo: ¿De qué medios se valdría su madre para no envejecer? ¿Habría encontrado el secreto que tuvieron las mujeres de Bizancio para conservarse en perpetua juventud? ¿Ofrece, tal vez, la naturaleza, recursos supremos y misteriosos á los que se rebelan contra ella? ¿Es, acaso, el amor, el que prolonga la belleza y la juventud? ¿Cuál es el secreto de esos hechizos inalterables otorgados á ciertos seres que son terribles porque reúnen la experiencia y la seducción? ¿Y esas mujeres no tienen el derecho de amar y de hacerse amar, puesto que poseen el ardor de entregarse y el poder de conquistar?

Con el cerebro atormentado por estos dolorosos pensamientos, llegó al hotel. Atravesó el jardín, subió la escalera de piedra y entró en el salón de confianza en el cual se aspiraba un intenso olor á perfume de rosas. La duquesa estaba sentada junto á una mesa, y delante de ella había un hombre de edad mostrándole unas joyas que iba colocando sobre un trozo de terciopelo negro para aumentar su esplendor y lucimiento.

— ¡Ah, eres tú! — dijo la señora de Diernstein levantándose con cierta precipitación. — ¿Has dado un paseo por la playa? El tiempo es muy hermoso, ¿verdad?

Hablaba con volubilidad, como la persona que ha sido interrumpida en una ocupación que deseaba ocultar.

— Sí, madre mía; he dado un paseo y el tiempo es muy hermoso...

Besó la mano que ella le tendía y añadió volviéndose hacia la mesa que la duquesa procuraba ocultar.

— ¿Está usted examinando esas alhajas, madre? ¿Piensa usted hacer un regalo?

— Reconoce en el señor Maugrelín á un tentador que me trae maravillas. Esconda usted todo eso, señor Maugrelín, escóndalo usted; mi hijo es un puritano enemigo de esas suntuosidades.

— No las quiero para mí, madre mía, pero me gustan mucho en los demás. ¿Qué sería de la industria y de las bellas artes si no hubiese tontos? Los ricos están en el deber de alimentar el lujo comprando maravillas... Un rico económico, ¿hay algo más repugnante? La única disculpa de la riqueza es la de gastarla á manos llenas, para que todo el mundo disfrute de ella.

Aproximóse al joyero que le escuchaba haciendo signos de asentimiento, y apartando el trozo de terciopelo negro que la duquesa había echado sobre las

alhajas, se puso á examinarlas como hombre inteligente.

— ¡Oh, qué hermosas perlas!...

Había cogido tres perlas negras de extraordinario mérito montadas en botones de camisa, y que merecían adornar la pechera de un rey.

— Es muy difícil encontrar por ahora otras semejantes... se lo estaba diciendo á la señora duquesa...

— ¡Cómo, madre mía! ¿Quiere usted comprar botones de camisa?

Al hablar así, la miraba, sonriendo con cruel ironía.

Ella era altanera y valerosa, y repuso levantando la cabeza:

— Para montar en bicicleta acostumbro vestirme unas camisetas que tienen la pechera almidonada. ¿No crees que estas tres perlas me sentarían bien?

Hiénard hizo un gesto de indiferencia.

— Á mí, madre mía, me sirven cumplidamente unos botoncillos de nácar.

La duquesa, avergonzada, apretó los puños.

— ¿Quieres esas perlas, Juan?... son para ti...

Él movió la cabeza negativamente:

— Gracias, madre mía, ¿qué iba á hacer con un tesoro semejante un pobre artista como yo? En un día de apuro se las revendería al señor Maugrelín, que daría por ellas la mitad de su valor...

Y reía mientras hablaba, pero con una risa ner-

viosa y siniestra que inquietaba á la duquesa! Ella repuso mirándole fijamente y escrutándole el pensamiento con sus tiernos y dulces ojazos azules :

— Juan, no es de buen gusto alardear de ser un pobre diablo delante del señor Maugrelín que sabe quién eres y lo que vales... Vamos, ¿quieres las perlas?

Él respondió secamente :

— No, madre mía, quédese usted con ellas.

La duquesa se estremeció y sus mejillas se arrebolaron ; luego añadió con acento relador :

— ¡Pues bien, señor Maugrelín! puesto que mi hijo lo desea, me quedo con ellas.

El joyero guardó su mercancía en un santiamén : su negocio estaba terminado y nada tenía que hacer ; saludó ceremoniosamente y salió desapareciendo como una sombra.

Sobre la mesa quedaron las tres perlas negras, brillando tentadoras dentro de su estuche de satín blanco. Hiénard las miró con aire de supremo desdén :

— ¿Y eso, cuesta mucho?

— Treinta mil francos.

Él no pestañeó.

— Están regaladas! Pensando en que los pobres buzos descienden á los profundos abismos del mar y que allí permanecen días y días, con un peso en los pies y un cuchillo en la cintura, exponiéndose á la voracidad de los tiburones por buscar esas bolitas

nacaradas que constituyen la envidia de las mujeres, se forma una idea triste, muy triste, de la miseria humana.

— ¡Ya apareció el revolucionario!... ¿Siempre andas á vueltas con tus terribles teorías socialistas?

— Sí, madre mía.

— ¡Un hombre como tú, y con el nombre que tienes!

— Y que no llevo, — repuso Hiénard con dureza.

— ¿Y en qué aventajo yo á cualquier pobre diablo? Realmente, un hombre como yo, ¿no se parece á los demás hombres? Tal vez sea un poco menos interesante, porque he tenido que luchar menos que otros para salir de la miseria y de la obscuridad. Usted, madre mía, me llama socialista en tono de reconvencción, casi desdeñosamente : el socialismo es el porvenir de la humanidad.

La duquesa no pudo reprimir un gesto de fastidio :

— ¡Ay, hijo mío! ¡Qué aburrida será la vida el día en que triunfen esas ideas! Una sociedad sin placeres y sin fiestas distinguidas y en donde todos los regocijos y divertimientos sean comunes... La promiscuidad de la dicha : lo que equivale á decir, que no habrá felicidad. ¡Oh! la igualdad ; ¿á tí te gusta? pues á mí me horripila : la idea de confundirme en abrazo fraternal con mi doncella y mi cochero, me da náuseas. ¿Tú no te has fijado nunca en esa gente? ¿Crees que son de nuestra misma especie? Me dirás que eso depende de la educación... No te fies.

Yo creo que hay seres útiles y seres de lujo así como hay caballos de labranza y caballos de paseo. El vendedor que pasa por la calle llevando sobre los hombros su mercancía, no es de la misma madera que tú. Dirás lo que quieras y argüirás lo que gustes, nada podrá impedir que haya seres desiguales en la naturaleza, y que unos nazcan cardos, mientras otros nacen orquideas. Es innegable que debemos procurar el bienestar del prójimo, suavizar y dulzurar su existencia y ampararle, sobre todo en su vejez; pero querer despojarme de mi hotel para dárselo á mi portero por la única razón de que él es el guardián y yo la propietaria, y creer que debo irme á la portería porque á mi servidor le ha llegado la hora de pasearse por mis salones, eso, Juanito, es un caso de locura fulminante, y los defensores de esas teorías van derechitos al manicomio de Charenton.

— Esos son sofismas, madre mía, que usted despliega con el gracejo y el ingenio que le son peculiares. El problema no es como usted acaba de describirlo; usted exagera. Se trata, sencillamente, de saber, si unos cuantos lo tendrán todo, y el mayor número, nada. Esta es la cuestión. Y en puridad de conciencia es insoportable que haya millares de desgraciados que mueren de sufrimiento, mientras que la fortuna pública se halla concentrada, sin necesidad y sin razón, entre las manos de unos cuantos privilegiados. Los ricos están en el deber de gastar,

pero casi todos son avaros que barren para dentro. Ya sé que es muy difícil inculcar estas ideas en el corazón de los franceses, que son por tradición secular, económicos y tacaños. No ignoran que la fuerza de su país proviene de esos ahorros, y saben que este espíritu ahorrativo es el que ha remediado los desastres de Francia. Pero hay que comparar la miseria de todos los días con el caso fortuito y accidental en que puedan necesitarse esos recursos lentamente acumulados; y no debe vacilarse entre el alivio inmediato de la pobreza popular y la previsión tutelar que concentra la masa de la riqueza en una clase única, entre los desgraciados que sufren diariamente, y los felices que pueden ser dentro de veinte años, los banqueros redentores de la patria amenazada: el peligro presente es cierto y más interesante que el peligro hipotético y futuro. Acudamos á lo más inmediato. Demos la felicidad. Si el destino exige algún día que nos sacrifiquemos, cada cual se sacrificará también, y el esfuerzo común sobrepujará, con mucho, al esfuerzo de unos cuantos.

— ¡Utopías, hijo mío, utopías! Comprendo que un famélico periodista radical, ó un diputado devorado por el ansia de prosperar, se deshagan en declamaciones semejantes, ganosos de obtener riquezas ó popularidad. ¿Pero tú?... Hay ideas que no se acomodan en ciertos cerebros y palabras que no sientan bien en ciertas bocas. En vano aseguras lo contrario;

eres un aristócrata y aristócrata serás toda tu vida. Puedes declamar cuanto gustes, y pedir reformas y proponer cambios, porque tú eres de aquellos que trabajan contra sí mismos. Pero, permíteme que te lo diga una vez más : tus declamaciones carecen de elegancia, tus reivindicaciones son de mal gusto; has sido demasiado bien educado para tener el derecho de hablar tan mal, y tanto importa cuando se vive en el mundo á que perteneces, tener el pensamiento limpio como las manos lavadas. Y basta con esto, mi querido Juanito, hablemos de otro asunto... Mira, de tu amigo, á quien sin duda quieres darle dinero para ir poniendo en práctica tus teorías humanitarias. Ya ves que la igualdad no existe, puesto que ahí tienes á un honrado muchacho á quien le son indispensables ciento cincuenta mil francos que su vecino no tiene ni tendrá jamás.

Juan no respondió; apenas entendió lo que su madre le decía; su cólera se había disipado desahogándose contra el lujo que él acusaba de corruptor. En aquel momento pensaba con tristeza que nada podría refrenar las costumbres y los gustos de la duquesa. ¡Y él que aún tenía una esperanza! ¡Cómo!... después de tantas pruebas, después de haberse resignado al aislamiento, para no conocer aquello mismo que le parecía intolerable, ¿pudo esperar la metamorfosis por una conversación tardía, cuando todo le probaba, por el contrario, que su

madre era tanto más apasionada cuanto más lejana iba siendo su juventud? Sí, un amante, siempre hacía falta un amante para aquella enamorada insaciable, que hubiera preferido seguramente, morir á renunciar á la dulce esperanza de seguir gozando. Porque, para ella, ¿qué era la vida sin amor?

Y él venía á dispararla tontamente sendas parrafadas igualitarias. ¡Ah! si ella hubiera sido sincera le hubiese respondido sencillamente: ¿Qué me importan la riqueza y el lujo si continúo siendo amada? Defiendo el cuadro esplendente que me rodea porque favorece á mi belleza y me facilita el amor. Asegúrame que siempre seré adorada, y consiento en irme á una isla desierta con *aquel* que yo elija... Y Juan, con el corazón oprimido, pensaba que siempre fué así, que continuaría siendo igual, y que si el amante de entonces se llamaba Prédalgonde, no tenía gran interés en que no fuese él y si otro cualquiera que sería poco más ó menos lo mismo, porque huérfanos de escrúpulos debían de estar todos aquellos que cortejaban por su brillante posición mundana, el esplendor de su lujo y el fausto de sus fiestas, á aquella anciana que, á despecho de las artificiosas componendas del tocador, era su madre.

La duquesa, inquietada por aquel silencio, se levantó y dió una vuelta por el salón, arreglando las flores de las jardineras y observando con el rabillo del ojo la agresiva inmovilidad de su hijo,

Luego se acercó á él y dijo apoyando sobre la espalda de Juan, su mano blanca y fina:

— ¡ Y bien, veamos! ¿ Qué tienes? ¿ Estás pensando aún en el bienestar de la humanidad?

— No, madre mía; hasta creo que es imposible complacer á todos. No nos ocupemos, por tanto, más que de casos particulares.... Hace un momento me hablaba usted de mi amigo Frégose....

— Sí, el amigo de los ciento cincuenta mil francos.... Dime, ¿ quieres que te dé ese dinero en seguida?

— Se lo agradecería á usted mucho, madre mía.

La duquesa abrió un pequeño bufete y escribió sobre una hoja de papel: « Ruego al señor Ledard tenga la bondad de entregarle á mi hijo, al primer requerimiento, la cantidad de ciento cincuenta mil francos. » Firmó y dijo volviéndose hacia Hiénard:

— No te doy un cheque porque eres muy distraído y lo perderías. Cuando vuelvas á París, vas á casa de mi notario, quien te dará el dinero en cuanto lea estos renglones. ¿ Te conviene así?

— Sí, madre mía, gracias.

— No me des las gracias. Ese dinero es tuyo; tienes derecho para disponer de él á tu antojo. Y no olvides que te corresponde la mitad de la fortuna. El día que la necesites, no tienes más que hablar. Yo te daré las cuentas. Somos muy ricos, hijo mío, porque yo, á pesar de que parezco tirar la casa por

la ventana, tengo mucho orden y nunca mis gastos sobrepujan á mis rentas.

Juan sonrió.

— Hace usted mal, madre; gaste usted; ese es mi deseo. Y el mejor empleo que puede usted darles á esas rentas que, según usted, me pertenecen, es el de derrocharlas á manos llenas. Y hasta un poco del mismo capital, si quiere usted.

La duquesa se acercó de nuevo á su hijo y, de pie delante de él, en una graciosa actitud de mujer bonita, braveando la luz que entraba por la ventana, sin una arruga, sin un cabello blanco, con una juventud desesperante...

— ¿ Y mi busto? — dijo; — has prometido hacerme. ¿ Cuándo empezará á cumplir tu palabra?

— Cuando usted quiera, madre mía.

— ¡ Pues bien! Desde mañana.

— ¿ Entonces será preciso que me quede en Deauville?

— Lo que tú sentirás mucho.

— Pues voy á telegrafiar para que me envíen un banquillo, mis herramientas y plástico....

— ¿ Dónde vas á trabajar?

— En el invernadero, ó en vuestro salón, ó en la azotea; me es igual.

— ¿ Me echarás muchas manchas?

— Ni una sola.

— Entonces, en este mismo saloncito es mejor.

¿Mientras esté poniendo puedo recibir á mis amigos?

— Lo deseo... Así vuestra fisonomía tendrá toda su animación....

— Y, sobre todo, Juan, no me envejecas.

Hiénard miró á la duquesa con una expresión de tamargura:

— ¡Oh, ya se las arreglará usted para que eso resulte imposible!

En aquel momento apareció el viejo Fermín, que anunció á media voz é inclinándose:

— El señor marqués de Prédalgonde.

— Hágame usted entrar.

La duquesa miró á su hijo al pronunciar aquellas palabras, y vió el movimiento nervioso que hizo, cual si quisiese evitar la presencia del importuno visitante; y leyó claramente sobre su rostro contraído la antipatía que le inspiraba el recién llegado.

— ¿Te vas? — preguntó ella.

— Sí, dispéñeme usted, madre mía; Devienne me está esperando para almorzar en las Rocas-Negras.

— ¿Pero, comerás conmigo, por lo menos?

— Sí, madre mía.

Prédalgonde entró y los dos jóvenes se saludaron; Prédalgonde con exquisita cortesía, Juan con extrema frialdad. Y, acto continuo, sin detenerse un momento en aquella salida que parecía una fuga, desapareció por la pueria entreabierta.

Inmediatamente tras él y antes que el eco de sus pasos se hubiese extinguido, la duquesa, dejándose llevar de su amoroso arrebató y sin pensar en que su hijo pudiese volver, enlazó sus brazos al cuello de Prédalgonde mirándole con la celosa atención de la mujer que teme alguna infidelidad.

— Querido Roger, hace veinticuatro horas que no puedo hablar con usted libremente. Ayer, durante el día, esa fiesta nos tuvo separados, y por la noche sólo pude cambiar con usted algunas frases indiferentes. Enséñeme usted sus ojos y sus labios. ¿Ha sido usted juicioso? Si usted me engaña, lo adivinaré; se lo prevengo: ¿Y qué terrible sería eso para mí!

Él respondió besándola, sonriente; y ella, suspirando de pasión, reclinó su cabeza sobre el pecho del joven y permaneció así, sin hablar, borracha de placer, gozando el voluptuoso deleite de sentirse entre los brazos del hombre adorado. Después, hizo un esfuerzo para separarse, y atrajo á Roger sobre un sofá, junto á ella.

— ¿Qué ha hecho usted desde ayer? — preguntó

— He jugado en el círculo y he ganado.

La duquesa movió la cabeza.

— No me gusta que juegue usted así. Es un defecto muy grave que tiene usted, Roger; ningún hombre, por rico que sea, está seguro cuando es tan aficionado al juego como usted.

— Pero, querida Elisa, ¿qué quiere usted que

haga cuando estoy lejos de usted? ¿Prefiere usted que me vaya con otras mujeres?

Ella hizo un enérgico ademán de protesta.

— ¡No, cállate! No digas eso ni en broma. Demasiado intranquila estoy. Eres muy hermoso, todas quieren poseerte, y eres demasiado débil para resistir á las insinuaciones que te hacen....

— Pero si no recibo insinuaciones... ¿Quién va á fijarse en mí? Y, además, ¿me cree usted capaz de pensar en ninguna otra mujer?

— ¡Oh! Yo creo en tu fidelidad, pero no tengo confianza en las mujeres. Y eso me atormenta. Cuando te veo junto á la Sauvelys, y cuando la jovencita Maréchal anda á tu alrededor, ó cuando esas locuelas de Gartempe y de Brivières, se toman contigo ciertas libertades que me parecen el prelude de la falta que quieren cometer, sufro cruelmente. Los únicos instantes dulces de que disfruto son los que paso á tu lado en la soledad, frente á frente, el uno junto al otro... mi hermoso Roger, tan querido, tan envidiado, y que me ama, ¿no es cierto? Que me ama como yo deseo ser amada.

— Mi querida duquesa, la señora Sauvelys es una amiga y nada más; la joven Maréchal es una señorita fin de siglo que me disgusta soberanamente; y en cuanto á esas tontas de Gartempe y Brivières, vamos á cuentas, no sea usted tan modesta, compárese usted con ellas y reconózcase muy superior en

belleza, en gracia, en elegancia, en ingenio.... No, Elisa, yo tengo buen gusto y no engaño á una mujer como usted con unas muñecas semejantes.

— ¡Qué bueno eres! Yo te amo. Me tranquilizas y me haces dichosa.

— ¿Entonces, ya acabó usted de representar su escena?

— ¿Que te he representado una escena?

— ¡Diantre! ¿Cómo llama usted á esos reproches, á esos temores, á esas sospechas?

— Amor.

— ¡Y celos!

— Sí, convengo en ello, soy celosa, hasta del mismo juego. ¿Cuánto ha ganado usted, mala persona?

— ¡Oh! muy poca cosa, cuarenta mil. La culpa la ha tenido el imbécil de lord Elphiston que cogió, para consolarse, una borrachera formidable; fué preciso acostarle; no podían moverle.

— ¡Vaya unas costumbres! ¿Tú, siquiera, no bebes?

— Jamás, le tengo horror.

— ¡Oh! y que yo te reñiría, si tuvieses esos malos hábitos. Te quiero perfecto, tanto en la parte moral como en la física. Pretendo ejercer sobre ti una influencia benéfica y espero que siempre me lo agradezcas, cuando te acuerdes de la ternura exquisita con que te traté.

Le hablaba como una madre; pero mirándole con ojos de querida. Y, con sus ágiles dedos arreglaba un pliegue de la corbata de Roger, con ese delicado cariño en que se revela sin reservas la abnegación absoluta que sienten por sus amantes jóvenes las mujeres envejecidas. Él se dejaba acariciar, sonriendo, seguro de su poder, abandonándose entre las manos de aquella mujer que le quería con un arrebato imperioso y dominador, persuadido de que con un fruncimiento de sus cejas podía reducirla á la esclavitud por la desesperación. Dirigió sus miradas hacia la mesa en que brillaban las hermosas perlas colocadas en su estuche de terciopelo, y de pronto se levantó lleno de curiosidad y empezó á manosearlas, colocándolas á la luz para hacer resaltar mejor la orientación, interesándose en aquel juego lo mismo que una muchacha:

— ¡Oh, qué magnífico! — exclamó: — Es imposible encontrar nada semejante. ¿Quién le ha traído á usted estas perlas, querida amiga?

— Mi joyero que, como usted sabe, tiene un establecimiento en la calle de París.

— ¿Valen mucho?

— No, para lo raras que son.

— ¿Las guardará usted? Si usted no las compro yo me entenderé con el vendedor.

— ¿Tanto le gustan á usted, Roger?

— Tengo debilidad por las perlas.

— ¡Pues bien! permítame usted que se las regale.

Él se puso colorado; ¿de vergüenza ó de alegría? Cerró el estuche como para no ver el objeto de su deseo y exclamó dejando la caja sobre la mesa:

— ¡Es una locura!

— Locura bien razonable, querido amigo, puesto que le proporciono á usted con ella un pequeño placer. No le conceda usted importancia á esa fruslería, y no se niegue á aceptar ese sencillo recuerdo.

Y le puso el estuche en las manos, casi á la fuerza. Él se dejó violentar, como una virgen, y después exclamó con un sentimiento desfigurado por la alegría:

— ¡Ay, Elisa! usted me echa á perder, obligándome á recibir estas joyas. ¡Cómo! ¿Yo de usted? Lo encuentro poco correcto.

— ¡El mérito de estas perlas consiste en que usted las lleve!

Y le abrazaba con un tierno ardor de agradecimiento, feliz por haberle proporcionado aquella alegría, pronta á darle las gracias por haber aceptado su ofrecimiento. Roger pareció encantado y se guardó el estuche en el bolsillo.

— Me arreglaré, pues, con sus regalos, — dijo — puesto que usted lo exige, pero no podré quererla á usted más de lo que la quiero.

Ella le recompensó con una caricia de su blanca mano.

— ¿Creo que almorzará usted conmigo? — dijo.

— ¿Está usted sola?

— ¿Por qué me lo pregunta usted?

Él afectó un aire grave y preocupado.

— Porque si su hijo estuviese aquí, temería causarle á usted algún disgusto.

— ¿Y, por qué?

— ¡Toma, toma!... Usted lo sabe lo mismo que yo. Á vuestro hijo no le agrado. Desde el primer momento me miró de reojo y comprendí que me sería hostil. ¿Le han dicho algo de mí? ¿Sospecha que ocupo un lugar en vuestro corazón? ¿Es antipatía instintiva ú odio razonado?... Lo cierto es que no nos entendemos y que, si va á almorzar aquí, es preferible que yo me vaya.

— No almuerza, — repuso Elisa con voz ahogada;

— ¿Pero los sentimientos de mi hijo son realmente tan acentuados y terminantes como usted dice?

— He tocado su mano; estaba contraída y se abandonaba sin franqueza: he sostenido su mirada, y sus ojos se desviaban con frialdad; me ha hablado y su voz era falsa, desmintiendo la amabilidad de sus palabras. Estoy seguro de que me odia y quiero guardarme de él, porque la amo á usted demasiado para que él no sea sagrado para mí.

La duquesa se dejó caer sobre el sofá, pálida y desfallecida, y pareció presa de una palpitación dolorosa que mitigó oprimiéndose el corazón con una

mano. Después dijo expresándose con lentitud:

— Ahí tienes lo que temo más en el mundo. El alejamiento de ese niño me concedía alguna libertad, y ahora reaparece para torturarme. Y, ¡qué loca soy! he hecho todo lo posible por retenerle. ¡Estaba tan alegre de volverle á ver! Porque le amo tiernamente...

Prédalgonde sonrió irónicamente y repuso con acento meloso:

— ¡Usted, Elisa, es tan buena, y tan indulgente y tan tierna! No merece usted sufrir; pero tenga usted la seguridad de que yo, por mi parte, esquivaré á su hijo. Si es necesario, desapareceré...

— ¿Y yo, entonces, qué sería de mí? No, Roger, es preciso que usted permanezca á mi lado. No podría vivir sin usted. Yo me las arreglaré y buscaré un medio para allanar las dificultades... Usted me ayudará...

— Con todo mi corazón. Sólo quiero que sea usted dichosa; le debo á usted toda mi felicidad.

— ¡Oh, háblame así, tranquilízame! Dime que no soy unaloca y que puedo devolverte la felicidad que de ti recibo. Esto es lo único que me disculpa á mis propios ojos. Porque, querido Roger, estoy ya tan sumamente alejada de la juventud, que únicamente á un último favor del cielo puedo achacar que tú me ames, y que yo pueda gozar de esa ternura que en los momentos actuales constituye toda mi vida....

Él la cortó el discurso con un beso, y estrechándola entre sus brazos, temblando como estaba de miedo y realmente hermoso en aquel arrebató de su pasión, empezó á hablarla dulcemente, para adormecer sus escrúpulos y sus temores :

— Sí, usted es una loca, mi encantadora Elisa, por el mero hecho de atormentarse de ese modo y de alarmarme á mí con sus inquietudes. ¿ Para qué me habla usted de su edad ? Si yo la veo entre mis brazos más seductora, más exquisita que una niña, y tan espléndida que sería vano empeño el de buscaros una rival... Mire usted sus ojos, querida mía, destrencia sus cabellos, y no dudará usted más de su juventud. Usted une á la belleza de la mujer que nace á la vida, el imán irresistible de la mujer que sabe agradar. ¡ Ay, Elisa mía ! Usted reúne, por mi suerte, la primavera y el otoño, las suavidades del uno, á los ardores del otro, y yo tengo así, en usted, á la amada perfecta : doblemente sabia y deliciosamente discreta. Usted quiere estar segura de su poder : créame usted, las razones que acabo de exponer son infalibles ; ahora, mírese usted al espejo y el cristal confirmará mis palabras.

La duquesa guardó silencio, como si escuchase el eco de aquellas aseveraciones tan dulces ; luego repuso con una melancolía que no podía disimular :

— Gracias á vuestra afección, Roger, yo soy una privilegiada de la vida, porque soy feliz. Pero

comprendo que esta dicha no será duradera. Sin duda, por esto, la quiero tanto y la defiendo contra las influencias malsanas. Cuando usted me deje, amigo mío, me quedaré con mi tristeza y mi abandono, y sin otro consuelo que el dulce recuerdo de mis venturosos días perdidos. Esto ya es mucho, y procuraré consolarme con estas imágenes risueñas. Por tanto, si el presente es mío, no lo amarguemos con preocupaciones inútiles. Esperemos la llegada de las horas fatales, pero no aceleremos el momento cruel saliéndolas al encuentro. Entreguémonos en cuerpo y alma al placer, puesto que existe, y no lo lloremos por anticipado, pensando en que puede desaparecer.

Diciendo esto se pasó su bonita mano por la frente, como para desvanecer sus tristes pensamientos, y procuró sonreír. Pero el temor, más fuerte que su voluntad, contrajo sus labios dolorosamente, y en el mismo momento en que pronunciaba aquellas frases optimistas, un profundo suspiro agitó su pecho, sus ojos se arrasaron en lágrimas, y vencida á pesar de su esfuerzo por el asalto implacable de sus fúnebres pensamientos, y en presencia del hombre á quien amaba y que temía perder, rompió á llorar sin que nada pudiese calmarla ; ni ruegos, ni juramentos, ni caricias.